

PERSONALIDAD Y CARACTER

En la formación del doctor Carlos J. Finlay intervinieron múltiples elementos biológicos hereditarios y educacionales de amplio sentido internacional. El tronco de aquel árbol frondoso nació y echó sus raíces en la fértil tierra cubana, pero la simiente era inglesa por su padre, francesa por la madre, y en el desarrollo de su instrucción y sus conocimientos, recibió la cultura cubano-española por el ambiente inicial en que se desenvolvió en Cuba —Puerto Príncipe y Alquizar—. También tuvo gran influjo en su formación cultural, en lo inglés, por su padre y su tía Ana; alemán, por su temporada en el Colegio de Maguncia, y francesa, por sus cursos superiores en el Liceo de Rouen; y finalmente la educación profesional en los Estados Unidos, por sus estudios universitarios en el Jefferson Medical College de Filadelfia.

En esta mezcla de influencias raciales y culturales, europeas y americanas, se forjó el carácter del joven cubano, formándose bajo el común denominador de una moral absoluta y de una gran fe religiosa, con amplia tolerancia y sentido de la fraternidad, recto en el pensar y en la acción, y siempre dispuesto a servir a los demás. En último análisis, su vida fue eso: un eterno servicio a la Humanidad. El basamento de su personalidad era la verdad, la verdad científica, la verdad religiosa, la verdad moral, en cuanto unas y otras se contraponen a las mixtificaciones.

De amplia y cimentada cultura general, con conocimiento de historia, literatura y política, enterado de la actualidad mundial Carlos Juan no se concretaba a tratar solamente de tópicos científicos ni profesionales; se interesaba también mucho en los temas de política internacional, se preocupaba en la marcha de los asuntos de su patria y gustaba de conversar sobre estos temas, en un sentido general.

Sobre las ideas religiosas de Finlay, dejemos hablar a su propio hijo, cuando dice: “era un hombre profundamente religioso que practicaba su credo con un civismo firme, propio de las almas sinceramente convencidas. Es muy posible que la acendrada religiosidad de su esposa influyera intensamente en esta fase metafísica de su existencia. No obstante, aunque practica una rigurosa ortodoxia religiosa, Carlos J. Finlay no fue nunca un

creyente agresivo, esclavizado por la preocupación sectaria; respetaba todas las opiniones y creencias, demandaba en justa reciprocidad el mismo respeto para las suyas, absteniéndose por delicadeza y discreción de terciar en polémicas de fe. No era un místico, pero sí un fervoroso creyente que practica y reza con la unción del genio que trata de descubrirle secretos a la Naturaleza y mientras más penetra en sus arcanos más le sobrecoge la grandeza, la inmensidad de Dios. Además, para el médico que tantas veces ha de cruzarse de brazos ante la salvación imposible, ningún consuelo puede darse y recibirse mejor que el de la resignación cristiana y el del amor que predicara el dulce rabí de Galilea, el mártir del Gólgota e hijo de Dios.”

“La caridad constituía su virtud cardinal, y no sólo la prodigaba en el ancho campo que le ofrecía su profesión, sino que la aplicaba a los juicios que de ordinario le merecían las debilidades y flaquezas del prójimo.”¹

Fue un esposo modelo. Un buen padre, amante del hogar. Fue desinteresado en grado sumo. No tenía fortuna y sufrió muchas privaciones de carácter económico. Como médico, atendía a todos sin preguntarles quiénes eran ni de dónde venían. Tenía una gran clientela, en su mayoría pobre. Y en más de una ocasión el doctor Carlos J. Finlay, con ese alto concepto de la caridad que tenía, dejaba unas monedas sobre la mesa junto con la receta que acaba de expedir, para que pudiera adquirirse la medicina recetada.

Fuera de su profesión, el doctor Finlay no dejó nunca de practicar sus ejercicios físicos. Costumbre que adquirió en la escuela alemana de Maguncia. Este tradicional sistema lo seguía diariamente sin importarle la estación del año. Era un convencido de la educación física. Pero años después tuvo que interrumpir estos ejercicios a virtud de una afección cardíaca.

El ajedrez fue uno de sus grandes entretenimientos. Gustaba del juego-ciencia, y era un **amateur** de calidad, bien impuesto de la importancia de las aperturas del sólido planteamiento del juego medio, sin la audacia del gambito ni de las trampas y celadas conocidas para jugadores bisoños. Por el contrario le placía contender con jugadores más fuertes que él, que le obligasen a una mayor concentración mental para sorprender su estrategia y el punto vulnerable de su defensa.

Así como Finlay ejercitaba a diario sus músculos en la cultura física, también consideraba el ajedrez un gran ejercicio mental. A veces se le antojaba ver el tablero como el campo de torneo de la vida, siempre frente a un adversario al que hay que vencer, sorprendiendo sus secretos, sus puntos fuertes y sus puntos débiles. Como en la vida, pueden presentarse situaciones

comprometidas, difíciles. No por ello se desconcierta, redobla la atención el estudio de la posición, hace acopio de ecuanimidad y continúa el juego seguro de sus fuerzas, sabedor de que al final la partida será suya. Podrá no ser así, pero la serenidad de su juego se asienta en esa confianza, en el recto planeamiento, en la investigación constante y en el desarrollo correcto, en la capacidad de lucha, y en la seguridad en sí mismo como en la vida.

Era Carlos J. Finlay un hombre abstemio. No tenía más vicio que el tabaco; gustaba fumar cigarrillos y fumaba extraordinariamente. Durante sus horas de trabajo, de estudios, de investigaciones, de experimentos, tenía que estar fumando; devoraba un cigarrillo tras otro.

Era impecable en el vestir. Cuidaba con escrupulosidad su aspecto exterior y mantenía el uso de la ropa clásica de los médicos de la época, siguiendo todas las tradiciones heredadas de su padre, que siempre se comportaba con toda la compostura y elegancia del inglés.

Fue muy cariñoso con sus hijos, tanto como lo fuera Eduardo Finlay para con él y sus hermanos. Preocupado de la educación y formación del carácter de los niños, seguía día a día el curso de los estudios, repasándoles las lecciones, preguntándoles cómo se desenvolvían las clases, qué hablaba el profesor. Y siempre les hacía regalos de libros. Los hijos tenían en sus pequeñas bibliotecas infantiles todas las obras de Julio Verne, de Cooper, de Tisandier.

Tan pronto su hijo Carlos Eduardo terminó sus estudios de segunda enseñanza en La Habana, dispuso que embarcara para los Estados Unidos a fin de cursar, al igual que él, la carrera de medicina en los propios centros universitarios. Y no conforme aún, lo mantuvo durante un tiempo en los internados de hospitales norteamericanos para que practicara debidamente la profesión antes de retornar a la patria.

La salud de su esposa, un tanto delicada, fue una de las grandes preocupaciones del doctor Carlos J. Finlay. Realizó varios viajes a los Estados Unidos, para tratar de devolverle la salud a su fiel y buena compañera, que tanto representó en su vida, pues colaboró en su obra no ya sólo con el aliento y el estímulo, sino con la colaboración inteligente del auxiliar que adivina el pensamiento en los trabajos de investigación y en los experimentos, en un intento profano, pero de preciosa eficacia en el afán de compartir la carga para seguir siempre adelante.

N O T A

- 1 Finlay. Carlos E., **Carlos Finlay y la fiebre amarilla.**